



La Santa Sede

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II DURANTE EL FUNERAL DEL CARDENAL FRANÇOIS-XAVIER NGUYÊN VAN THUÂN

Viernes 20 de septiembre de 2002

1. *"Su esperanza estaba llena de inmortalidad" (Sb 3, 4).*

Estas consoladoras palabras del libro de la Sabiduría nos invitan a elevar, *a la luz de la esperanza*, nuestra oración de sufragio por el alma elegida del llorado cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân, que puso toda su vida precisamente bajo el signo de la esperanza.

Ciertamente, su muerte entristece a cuantos lo han conocido y amado: a sus familiares, en particular a su madre, a la que renuevo la expresión de mi afectuosa cercanía. Pienso también en la amada Iglesia que está en Vietnam, que lo engendró a la fe; y pienso también en todo el pueblo vietnamita, al que el venerado cardenal recordó expresamente en su testamento espiritual, afirmando que lo amó siempre. Siente la muerte del cardenal Nguyễn Van Thuân la Santa Sede, a cuyo servicio dedicó sus últimos años, primero como vicepresidente y después como presidente del Consejo pontificio Justicia y paz.

A todos, también en este momento, parece dirigir con afecto persuasivo *la invitación a la esperanza*. Cuando, en el año 2000, le pedí que predicara las meditaciones para los ejercicios espirituales de la Curia romana, eligió como tema: "Testigos de la esperanza". Ahora que el Señor lo ha probado "como oro en el crisol" y lo ha aceptado "como holocausto", podemos decir con verdad que "su esperanza estaba llena de inmortalidad" (cf. *Sb 3, 4. 6*). Estaba llena de Cristo, vida y resurrección de cuantos confían en él.

2. *¡Espera en Dios!* Con esta invitación a confiar en el Señor el querido purpurado inició las meditaciones de los ejercicios espirituales. Sus exhortaciones se me han quedado grabadas en la memoria por la profundidad de las reflexiones, enriquecidas por continuos recuerdos personales, en gran parte relativos a los trece años pasados en la cárcel. Contaba que precisamente en la

cárcel había comprendido que el fundamento de la vida cristiana consiste en "elegir a Dios solo", abandonándose totalmente en sus manos paternas.

Estamos llamados —afirmaba a la luz de su experiencia personal— a anunciar a todos el "evangelio de la esperanza"; y precisaba: sólo con el radicalismo del sacrificio se puede cumplir esta vocación, aun en medio de las pruebas más duras. "Valorar todo dolor —decía— como uno de los innumerables rostros de Jesús crucificado y unirlo al suyo, significa entrar en su misma dinámica de dolor-amor; significa participar de su luz, de su fuerza y de su paz; significa volver a encontrar en nosotros una presencia nueva y más plena de Dios" (*Testigos de esperanza*, Roma 2001, p. 124).

3. Podríamos preguntarnos de dónde sacaba la paciencia y la valentía que lo caracterizaron siempre. A este propósito, explicaba que su vocación sacerdotal estaba vinculada de modo misterioso, pero real, *a la sangre de los mártires* caídos durante el siglo pasado mientras anunciaban el Evangelio en Vietnam. "Los mártires —decía— nos han enseñado a decir sí: un sí sin condiciones ni límites al amor del Señor; pero también un no a los halagos, a las componendas y a la injusticia, aunque fuera con la finalidad de salvar la propia vida" (*ib.*, pp. 139-140). Y añadía que no se trataba de heroísmo, sino de fidelidad madurada contemplando a Jesús, modelo de todo testigo y de todo mártir. Una herencia que hay que acoger cada día en una vida llena de amor y mansedumbre.

4. Al despedir a este *heroico heraldo del Evangelio de Cristo*, damos gracias al Señor por habernos concedido en él un ejemplo luminoso de coherencia cristiana hasta el martirio. Afirmó de sí con impresionante sencillez: "En el abismo de mis sufrimientos (...) jamás he dejado de amar a todos; no he excluido a nadie de mi corazón" (*ib.*, p. 124).

Su secreto era una inquebrantable confianza en Dios, alimentada con la oración y el sufrimiento aceptado con amor. En la cárcel celebraba cada día la Eucaristía con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano. Este era su altar, su catedral. El cuerpo de Cristo era su "medicina". Contaba con emoción: "Todos los días tenía la oportunidad de extender mis manos y clavarme en la cruz con Cristo, de beber con él el cáliz más amargo. Todos los días, al pronunciar las palabras de la consagración, confirmaba con todo mi corazón y con toda mi alma una nueva alianza, una alianza eterna entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía" (*ib.*, p. 168).

5. "*Mihi vivere Christus est*" (*Flp* 1, 21). Fiel hasta la muerte, el cardenal Nguyễn Van Thuân hizo suya la expresión del apóstol san Pablo que acabamos de escuchar. Conservó la serenidad e incluso la alegría también durante su larga y sufrida hospitalización. En los últimos días, cuando ya no podía hablar, permanecía con la mirada fija en el crucifijo, que tenía delante él. Rezaba en silencio, mientras culminaba su extremo sacrificio como coronamiento de una existencia marcada por su *heroica configuración con Cristo en la cruz*. Se le aplican bien las palabras pronunciadas

por Jesús en vísperas de su Pascua: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto" (*Jn* 12, 24).

Sólo con el sacrificio de sí mismo el cristiano contribuye a la salvación del mundo. Así sucedió con nuestro venerado hermano cardenal. Nos deja, pero queda su ejemplo. La fe nos asegura que no ha muerto, sino que ha entrado en el día eterno que no conoce ocaso.

6. "Santa María..., ruega por nosotros..., ahora y en la hora de nuestra muerte". En la cárcel, cuando le era imposible rezar, recurría a María: "Madre, tú ves que estoy extenuado, que no logro rezar ninguna oración. Entonces, ... poniendo todo en tus manos, repetiré sencillamente: "Ave María"" (*Testigos de esperanza*, p. 253).

En su testamento espiritual, después de pedir perdón, el cardenal asegura que seguirá amando a todos. "Parto serenamente —afirma—, y no tengo odio hacia nadie. Ofrezco todos los sufrimientos que he soportado a María Inmaculada y a san José".

El testamento termina con una triple recomendación: "Amad a la Virgen santísima y confiad en san José, sed fieles a la Iglesia, estad unidos y sed caritativos con todos". Aquí está, en síntesis, su misma existencia.

Que Dios lo acoja ahora, junto a José y a María, para que contemple en la gloria del paraíso el rostro glorioso de Cristo, a quien en la tierra buscó ardientemente como su única esperanza. Amén.